

JUAN RAMÓN LUCAS

Melina

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Juan Ramón Lucas, 2023. Autor representado
por la Agencia Literaria Dos Passos
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-85-4
Depósito legal: M. 25.205-2023
Printed in Spain

*A mi madre, Lucrecia Fernández Lebrato,
cuya infancia puebla estas páginas.
Ha sido y es inspiradora para mí y para todos
los que la conocemos y amamos*

Dos veces dos has tenido
ocasión para jugarte
La vida en una partida
Y las dos te la jugaste
PEDRO GARFIAS. Asturias

Ignoramos nuestra estatura
hasta que nos ponemos de pie.
EMILY DICKINSON

Pero nada es aún definitivo
mañana he decidido ir adelante,
y avanzaré,
mañana me dispongo a estar contento
mañana te amaré, mañana
y tarde,
mañana no será lo que Dios quiera
ÁNGEL GONZÁLEZ

La cuna

—*Cogéi una cuerda y afogáila.*

No hubo determinación en la sentencia, tan solo rabia. Pero la marca de la condena por haber nacido mujer le ha perseguido desde entonces.

Amelia Fernández Agüeros vino al mundo cuando no debía y sufrió para vivir un tiempo que no era suyo.

Amelia, a la que todos llamaron siempre Melina, ha sido capaz de cumplir sueños y beber sorbos de felicidad al precio de superar una barrera tras otra mientras entrena una fe en sí misma que aún sigue construyendo.

Tiene la tez oscura, el pelo de un azabache que brilla como el carbón recién lavado y unos ojos negros que ha aprendido a sombrear con fina coquetería.

Se mira al espejo.

Militante de lo perfecto, no termina de gustarse aunque se reconozca hermosa.

Un tocado suave, discreto, con encajes a juego con el vestido blanco, adorna su figura de novia, lista para la liturgia del amor que es para siempre en este tiempo y en este lugar porque lo dicta la ley y lo exige el rigor de la fe católica. No la tiene, aunque la conoció y en algún mo-

mento de su vida llegó a atravesarla. Pero no puede sustraerse a sus ceremonias so pena de que la fiesta de la boda no sea ni una cosa ni la otra.

Ni siquiera su padre, el hombre que saludó su nacimiento con una sentencia de muerte, escapa a esa necesidad del rito. Los ritos son las ofrendas que los hombres han hecho siempre a los dioses o a sus propios miedos.

Pepín Fernández, el viejo carpintero, aguarda a la hija que no quiso para llevarla al altar en el que no cree.

Ella lo observa desde su ventana, en la habitación en la que Madre ha terminado de componerla. Está impaciente, como nervioso. Daría Melina su sangre por saber cómo se siente, qué se dice a sí mismo ante lo que está viviendo.

Aparta los dedos del visillo que había retirado para observarle, cuando súbitamente reconoce tras él una figura lejana y familiar. Como le sucedió durante el viaje que cambió su vida. El velo ha caído, ha recuperado su posición, pero a través de su tejido leve Melina confirma una presencia tan inesperada como perturbadora. Muy lentamente, con el pulso disparado y una agitación interior de dimensiones incalculables, vuelve a levantar el visillo.

Es él. Está ahí. Bajo su ventana el día de su boda.

Cierra los ojos mientras se recoloca el ánimo para no derrumbarse. Ojalá la visión haya desaparecido.

Vuelve a abrirlos. Ahí sigue. No alcanza a definir su rostro pero sabe que es él.

Completamente ajeno a la tempestad, Pepín mira el reloj. Fuma impaciente. Es hora de ir saliendo.

Hoy iba a resolverse todo, a empezar un tiempo sereno.

Intuye Melina que ya no va a ser así. Sabe con la certeza con que los marinos se adelantan a las grandes tormentas que esa inesperada visita va a darle la vuelta a su vida.

Completamente.

Porque no habrá tercera vez.

I

Esta no es ni quiere ser una historia de duelos e infortunios. Pero conocer la vida de Melina Fernández, en lo que tuvo de entrega y victoria, compromete a contemplar con cierta perspectiva dónde y cómo empieza. Desde antes incluso del origen.

Sin hurtar los filos ni escapar de las tragedias. Todo cuenta. Todo influyó.

Asturias, año 1934. República española. Mieres del Camín, en la cuenca minera del río Caudal.

En la casa de Pepín Fernández y Chayo Agüeros, en un septiembre lluvioso y triste que esa mañana volvió a iluminarse, acababa de nacer Amelia, que así la iban a llamar, como la que años antes se negó a hacerlo.

Don Sebas y la partera no lo habían tenido fácil. Parecía la criatura venir de nalgas, y se temió el médico lo peor, pero quién sabe si por la Providencia o por la suerte misma, al final se debió de girar la niña, y después de muchas contracciones y dolores que Rosario no recordaba de los otros partos, terminó desliziéndose hacia fuera casi como un pez.

—Es niña —informó el doctor.

La partera limpió a la recién nacida y la depositó sin mucho miramiento sobre el pecho de Chayo, que sonrió serena llenándose del tibio calor del cuerpecito que acababa de alumbrar. Niña, también. Y de piel sorprendentemente oscura. Por un instante venció a la memoria reciente e inevitable de las pérdidas. Casi fue feliz.

—Baja a la carpintería —había ordenado entonces el médico a su ayudante— y díselo a Pepín, que *ta* con su gente preparando la revolución. Vaya día para cambiar el mundo —añadió mientras metía los brazos en el agua-manil.

Cuando la partera entró en la carpintería había un bullicio de voces masculinas amontonadas que su llegada cortó de cuajo, como un disparo.

—Chayo *ta* muy bien. Y la cría también.

Un silencio repentino espesó el aire de la carpintería.

El grupo de hombres allí reunidos, gente curtida en las revueltas y dispuesta a llegar a todo por su causa, se plegó por un momento a la oportunidad de la feliz noticia.

—Bien —alzó la voz alguno.

—Enhorabuena, Pepín —felicitó otro con franqueza.

Mineros del sindicato minero SOMA de la UGT, socialistas como Pepín, algún ganadero, el hijo de Julián, que era anarquista, y Aníbal, picador y comunista, habitaban a esa hora aquel lugar en el que lo mismo se armaban muebles que revueltas, se montaban y encolaban armarios que se organizaban estrategias de revolución.

Pepín Fernández no respondió. Cerró los ojos, desnudó de cualquier expresión su rostro y emitió la sentencia:

—*Cogéi una cuerda y afogáila.*

Hasta Nolo Carrizón, su amigo más cercano, enmudeció asombrado.

Insistió Pepín.

—*Afogáila.*

A lo lejos, un juramento siguió al violento chirrido de un freno de carro. Algo se había roto fuera. Dentro, hasta el tiempo aguantó la respiración.

Se sintió Nolo en la obligación de rasgar el silencio.

—*Ye tu hija, Pepín, no jodas.*

Rubio y recio, altivo, con el recuerdo perenne de una cicatriz de bala que le dejó un lance mal calculado, Nolo Carrizón fijó sus ojos azul aguaclara en su amigo, que le sostuvo la mirada.

—Por eso.

Coged una cuerda y ahogadla.

Justo sobre la carpintería, con apenas un entarimado de simples tablas separando las estancias, Chayo escuchó con claridad a su hombre, el silencio de después y las palabras de Nolo recordándole lo obvio.

La frase le provocó una intensa quemazón que acabó con la balsámica placidez del contacto con la piel de su hija. Apretó a la niña contra sí hasta hacerla llorar.

Sabía que aquello era más ira que voluntad, que no había deseo ni intención, sino la amarga ironía de una decepción. Pero dolió.

E intuyó que esas palabras se iban a quedar entre ellos de una u otra forma. Quizá también en la vida de esa niña recién nacida.

Si hay algo para siempre, sería eso.

II

Ya hubo otra Amelia cuatro años antes, pero nació muerta.

Fue la que llevaron al altar cuando se casaron por «les prises» como decía Lita, la hermana de Rosario.

Les prises, les prises. Pepín y Rosario —Chayito entonces— matrimoniaron a las pocas semanas de que ella le revelara el embarazo.

Estaba de verdad enamorada el día que se le entregó rompiendo su hasta entonces firme determinación de no hacerlo. Había descubierto junto a él el amor que no tuvo en casa.

—*Dejásteme preñá,* Pepín.

—¿Cómo lo sabes?

—*Les muyeres* lo sabemos siempre —su reacción, contra lo que esperaba, fue amable. Le pareció que hasta amorosa—. Tengo miedo de decirlo *al mío padre*.

—Lo haré yo. A mí no me pondrá la mano encima.

Y así fue. Lo contó Pepín primero en La Cuestona, donde Nieves, su madre, lo saludó feliz, y después subió a El Regatu a ver a los de su Chayito. Caras largas en casa de los Agüeros, pero ni un gesto, ni una voz más alta que

otra. Pepín se mostró seguro y respetable, y lanzó el compromiso que salvaba la vergüenza.

—Nos casaremos.

—Por la Iglesia —exigió, la madre.

—En la iglesia —concedió él tras unos instantes de silencio.

Treinta años él el día en que se casaron. Ella diecisiete.

Siempre le pareció apuesto y listo. Además, con posibles. Trabajaba la madera y solo entraba a la mina a entibar. O sea, que podía vivirle más años que aquellos que se morían dentro o se sacaban la muerte para encontrarla fuera con la silicosis y el agotamiento. ¿A qué más podía aspirar?

A Rosario le gustaba su serena compostura.

Claro de pelo, como ella, de vivaces ojos grises y expresión a menudo risueña, interpretaba los planos y medía de cabeza como si fuera un aparejador. Era callado y miraba mucho, pareciera que dotado de la facultad de hacerlo dentro de las almas. Una vez le dijo que era mejor dejar que los demás hablaran porque los silencios son de uno y las palabras ya no. Jamás le levantó la voz ni le puso una mano encima, pese a que los hombres solían otorgarse esa licencia, pero sus largos silencios cuando algo le contrariaba, o las inesperadas desapariciones que llenaban muchas noches de Chayo de velas ansiosas, le traían dolorosas soledades. Esas a las que acaso debiera acostumbrarse, porque las mujeres como ella siempre estaban solas. No como las del Partido Socialista, el de Pepín, que eran fuertes y capaces de medirse a los hombres, o las señoras de los burgueses, que en vez de servir eran servidas.

A su lado se sentía poca cosa, a veces hasta tonta, como cuando se quedaba absorta oyéndole hablar el día que la llevaba a una reunión del sindicato, o cuando salían a pasear con amigos en esos encuentros en los que siempre se terminaba disputando de política. Ella no entendía, y nunca quiso ir más allá, pero sabía lo que era justo y lo que no. Había tenido que dejar la escuela para levantar con sus manos, y las de los hermanos que aún no habían sido enviados a América, la casa de El Regatu.

Con todo, la niña espigada y frágil se descubrió una voluntad de hierro.

Pero sucede que la voluntad no manda en el cuerpo cuando este decide rebelarse Y lo hizo. Aquel cuerpecito aún sin hacer —clara, delgada y menuda era entonces Rosario— no aguantó y la criatura se le murió dentro.

Tener una hija muerta es alumbrar en la oscuridad. Y en ella se quedó durante un tiempo.

Quedó vacía la cuna de Entrearroyos, en la montaña, en la cuadra que habían arreglado para vivir cuando se comprometieron al matrimonio. Dos plantas, recostada sobre una ladera del barrio, había desplegado en ella Pepín su mucho y buen oficio trabajando la madera.

Sujetó marcos y armó ventanas como entibaba las minas para abrir galerías. Adecentó muros, alisó tablas para el suelo, levantó escaleras e hizo de aquello una casa confortable que ocupaba la familia en el piso superior, sobre la carpintería en la planta baja. Había dos entradas independientes, una para el taller y, unos metros más arriba, doblada la curva de la carretera, el zaguán que daba paso a la vivienda, donde se dejaban los paraguas y esperaban

las madreñas los días de lluvia para cobrar vida. Había que evitar meterle a la familia la viruta y el serrín y alejarla de lo que iba a seguir armándose abajo, que no eran solo armarios, banquetas o aparadores. Vendrían conspiraciones y revueltas.

Dentro, también dos mundos separados. Una escalera de caracol deliberadamente estrecha, para no dar facilidades, daba acceso desde arriba a la carpintería. En el piso alto, la calma y el descanso, abajo, afanes y tempestades. Territorios fronterizos que no deberían sucederse ni tocarse.

Fuera, rodeando la casa, dos arroyos confluían a la puerta del taller.

Chayo no quiso esconder la cuna. Se propuso que más pronto que tarde tendría que llegar quien la ocupase, y se empeñó en alcanzar ese propósito de la única forma posible.

Si algo de hermoso tenía ser mujer en aquel mundo de hombres, era poder alumbrar vidas. Realmente, lo único.

Aunque para ella y su hermana Lita, más joven, viva y apasionada, había otro provecho: padre y madre enviaban a los hombres a América con el pretexto de librarlos de la leva, de ir a filas como casi le tocó a hacer a él en Cuba. Se libró porque el día que esperaba el embarque se paró la guerra.

No respiró su mujer, más bien al contrario.

—Mala suerte tuviste —le anunciaron a Aurorina—, tu hombre vuelve a casa.

Fernando, el carnicero, que luego mandaría a sus hijos con su hermano a Montevideo con la excusa de la milicia

para no tener que alimentar más bocas de las necesarias, regresó para desgracia de su mujer, que había acariciado el sueño de librarse de las palizas con aquella oportuna marcha a Cuba.

El primero que embarcó fue Ludivino, que había crecido trotando la calle junto a Pepín. Después Aurelio, Eladio, Sebastián y, cuando fuera mozo, Joaquín, el más pequeño. Tenían todos impuesto su futuro en América, según había escrito su padre en el libro de su destino, ese que se moldea mejor en manos ajenas que en las propias.

Chayo y Lita también, pero en trazos más suaves. No por benevolencia o afecto, sino por interés: si los hijos tenían que aligerar la carga aquí y traer dinero de allá, las hijas deberían salvaguardar la vejez de quienes las habían puesto sin preguntar en este mundo.

Rosario jamás pudo quitarse de la cabeza la imagen de su hermano mayor, Ludivino, dieciséis años, en el puerto de Gijón, llorando desconsolado, casi a gritos, los ojos abiertos, el rostro tensionado por el terror y el abandono, asido a la cintura de su madre, mientras el padre trataba de desaferrar sus dedos rojos de apretar y le hablaba de hombría o dignidad.

Cuando muchos años después volvieron a encontrarse, ya no era su mirada doliente o temerosa. Desprendía una turbadora luz de ambición que anticipaba el daño que aquel niño asustado convertido en hombre feroz haría a su propia familia.